

dole la tomase bajo su proteccion, y no permitiese una alianza que creia contraria á lo que Dios queria de ella. Gregorio IX accedió á sus plegarias, y por autoridad apostólica prohibió al emperador pasase adelante en su pretension. Federico se enfadó mucho desde luego, pero mas tarde se calmó y cedió. « Si me hubiera abandonado, decia él, por otro hombre mortal, hubiera tomado venganza con las armas; mas no puedo hallar malo que prefiera á mí un esposo celestial. » Este acontecimiento, sin embargo, habia depositado en su interior un gérmen de odio y venganza. Las quejas de Gregorio IX, que le reprochaba sus inteligencias secretas con los Sarracenos de Sicilia, le agriaron aun mas. Así es que en 1238, su ejército, cual torrente devastador, invadió la Lombardia. Ezzelino de Romano, yerno del emperador, se pone al frente del partido Gibelino, y derrama torrentes de sangre por toda Italia, mereciendo así el renombre de *Feroz*. Las tropas imperiales se apoderan de Cerdeña, feudo de la Iglesia romana, y fundan allí un reino á favor de Encio, hijo natural del emperador. Gregorio IX tenia ya cerca de cien años, y Federico II creyó que la edad hubiera debilitado su energía; mas se engañó. El venerable pontífice junta á los cardenales, clero y pueblo de Roma en la iglesia de San Pedro; en su presencia excomulga al perjuro, y declara á todos sus vasallos de Alemania é Italia absueltos y libres del juramento de fidelidad. Al mismo tiempo que notifican sus letras la sentencia á todos los principes de Europa, envia un legado á Francia para ofrecer la corona imperial á Roberto de Artois, hermano de Luis IX. El santo rey rehusó en nombre de su hermano una proposicion que podia perturbar la paz de sus Estados. Federico II respondió á estas medidas de vigor con violencias inauditas. Mandó echar fuera de sus Estados á los religiosos franciscanos y dominicos, cuya adhesion á la Santa Sede era tan notoria. Pedro de Vignes, su cancelario, publicó en nombre de su amo una constitucion imperial que condenaba á pena de fuego á toda persona, de cualquier clase ó condicion, de toda edad y sexo, que defiriera á la sentencia de entredicho lanzada por el papa. El que se hallare ser por-

tador de letras pontificias, cualquiera que fuese su tenor, habia de ser ahorcado inmediatamente. Al mismo tiempo Federico pasó á la Sicilia, juntó sus tropas con los Sarracenos de esta isla, y fué con ellas á asolar el condado de Benevento y demás provincias sometidas á la dominacion del papa. Dirigió á todas las cortes de Europa diputados para protestar contra Gregorio IX, á quien llamaba el *Anticristo*, y apelaba á un concilio general. Para quitar á su enemigo todo pretexto y justificarse á los ojos del universo de las violencias que se le reprochaban, el papa convocó para el año 1241 un concilio que habia de celebrarse en San Juan de Letran. Todos los obispos de Francia, ansiosos de sostener contra un tirano la independencia de la Iglesia romana, acudieron al llamamiento del papa. Llegaron á Génova, cuya república les suministró bajeles para ir á Roma por mar. Pero Federico tenia el mayor interés en impedir una asamblea que hubiera puesto de manifiesto su perfidia y mala fe. Una flota siciliana sorprendió la de los Genoveses: los obispos franceses fueron arrestados, enviados al emperador, y luego encarcelados. En toda Europa resonó un grito de indignacion al saber este atentado. San Luis escribió al tirano: « Exigimos la inmediata libertad de todos los obispos cautivos; pensad bien el partido que habeis de tomar; porque el reino de Francia no está tan debilitado que pueda aguantar mas vuestros espuelazos. » El santo rey que así hablaba, habia dado muestras de valor heróico en Taillebourg y en Saintes contra los Ingleses. Federico temió, y puso en libertad á los obispos dos años despues. Gregorio IX no alcanzó este resultado, porque murió de dolor el 20 de abril de 1241 al saber la infame conducta de Federico II.

§ III. PONTIFICADO DE CELESTINO IV (octubre de 1241-noviembre de 1241).

14. Deplorable en extremo era la situacion de la Iglesia. Los cardenales estaban dispersos, y dos de entre ellos habian caído prisioneros de Federico. El emperador parecia triunfar en todas partes; y sin embargo, dos dias antes de su muerte,

en una carta dirigida á toda la cristiandad, el heróico Gregorio IX dijo: « No os amilaneis por las vicisitudes presentes: » no os acobardeis por los reveses, ni os enorgullezcáis en las » prosperidades. Poned vuestra confianza en Dios y sabed esperar. La barca de Pedro es muy frecuentemente arrastrada » por las olas y á punto de caer en escollos por las tempestades; pero muy pronto se endereza sobre las encrespadas » olas, y vuelve á tomar tranquilamente su navegacion. » Semejante fe no se engaña jamás. A pesar de los obstáculos que se oponían á la eleccion de un soberano pontífice, el cardenal Jofredo Castiglione fué elevado á la silla de san Pedro, bajo el nombre de Celestino IV. Pero ni aun tuvo tiempo de ser consagrado, pues que murió á los diez y seis dias de su eleccion.

§ IV. PONTIFICADO DE INOCENCIO IV (24 de junio de 1243-7 de diciembre de 1254).

15. La vacante de la Santa Sede no habia contenido la guerra impía de Federico II. Durante todo el pontificado de Gregorio IX, el emperador no habia cesado de llamar por testigo al cielo y á la tierra, de que solo el papa era la causa de la discordia entre la Iglesia y el Imperio, que solo el papa era quien se oponía á la paz. Gregorio IX y su sucesor eran ya muertos, y sin embargo aun no habian cesado los armamentos de Federico. La flota siciliana cercaba á Roma por tierra y por mar, de suerte que no permitía la entrada de los cardenales en aquella capital. Durante dos años se obstinó en no acceder á las instancias de toda la cristiandad; por manera que solo permitió en junio de 1243 reunirse los cardenales para la eleccion. Los sufragios recayeron en el cardenal Sinibaldo Fieschi, que tomó el nombre de Inocencio IV. El nuevo papa habia tenido ocasion de conocer íntimamente á Federico II en una legacion al Alemania, que le habia encargado Gregorio IX, y entonces se estrecharon amistosamente el legado y el emperador: por consiguiente su eleccion debia de complacer á Federico II, y sin embargo concibió mucha inquietud. « El papa y el carde-

» nal, decia, son dos hombres muy diferentes; me temo mucho que en lugar de un amigo cardenal no tengamos un papa » enemigo. Ningun papa puede ser Gibelino. » Y en efecto los acontecimientos le dieron razon, pero la falta solo pudo imputarse á la violencia y terquedad del emperador. Con todo, las primeras relaciones dieron fundada esperanza de paz. Federico envió á Roma una embajada encargada de concluir su reconciliacion con la Santa Sede. El 31 de marzo de 1224, los diputados imperiales juraron en nombre de su amo estar prontos á dar cabal satisfaccion á la Iglesia de todas las afrentas é injurias que habia recibido de parte del emperador; de devolverle todas las tierras y dominios usurpados; de poner en libertad á todos los obispos cautivos, y velar por la independencia en las elecciones episcopales. Inocencio IV creyó desde luego en la sinceridad de semejante arrepentimiento; mas quedó muy pronto desengañado. Federico II, vuelto á su primera perfidia, protestó que no le era posible cumplir con el juramento que habian prestado los embajadores: « Porque era sobrado perjudicial á sus intereses, » decia el emperador. Para obrar mas eficazmente en el ánimo del emperador, Inocencio IV quiso tratar personalmente con él y fué á avistarse con él en Citta di Castello. Federico trataba de apoderarse inmediatamente de la persona del pontífice, y dió para ello las órdenes necesarias para su arresto. Mas Inocencio IV, prevenido á tiempo, huyó solo en medio de la noche, montado en un buen caballo, que de una tirada le puso en Civita-Vecchia. Desde allí se embarcó para Génova, y poco despues pasó las fronteras de Francia, refugio ordinario del pontificado proscrito, y se fijó en Lyon, año de 1244.

16. El primer cuidado del pontífice fué convocar á todos los obispos del mundo católico para un concilio en Lyon, que fué el décimotercero general, primero de esta ciudad. Ciento cuarenta y cuatro obispos asistieron á él, con los patriarcas latinos de Oriente, Balduino II de Courtenay, emperador de Constantinopla, Ramon VII, conde de Tolosa, y diputados de todos los príncipes cristianos. Fué citado el emperador Federico II,